

repetir la escena». El—el comparsa—pensaba también que antes—antes remoto, antes primordial, antes fuera del tiempo—, hubiera podido rechazar el contrato, con lo cual—suponía—se hubiera evitado una prueba tan dura—y la duda y el temor y la angustia—. Pero ¿por qué no lo hizo así? ¿por qué se comprometió sin remedio? Entonces recordaba la prima—porque había una cuantiosa prima—que ganaría con el salto, si es que—claro está—el salto acababa dentro de la red. Aun entonces—momentos antes, en este momento en que iba a comenzar la última carrera—el pobre comparsa opinó que sí; que el importe de la prima valía tan terrible trance.

La meseta donde se había de filmar la última prueba, era chata—como todas las mesetas—, sin ningún relieve que pudiera distraer su monotonía y en general, de una tierra gris muy deleznable—había quien opinaba que cavando muy hondo en aquel suelo, se podía encontrar oro; pero todo esto es muy problemático y más vale olvidarlo por ahora—. Al fondo, último término, estaba el barranco abrupto que cerraba toda salida y frente a él—a bastante distancia—se instalaron los operadores con sus cámaras (Detrás de ellos no sabemos lo que había; aire, quizá espacio o un cristal, muy pulido y tiempo). Desde atrás del todo se oyó la voz del Director que ordenó: «Acción» y el rodaje comenzó. El pobre comparsa salió huyendo—desesperada huída, última huída—y sus enemigos se abalanzaron tras él. Se abalanzaron siniestros, con sus barbas ondeando al viento; se abalanzaron torvos, con sus ojos sanquinolentos; se abalanzaron terribles, con sus manos engarfiadas. Y el comparsa corría con todas sus fuerzas, recto, acuciado; sintiendo casi el aliento del perseguidor; estremeciéndose casi por la presa de las uñas ávidas; agotado casi en el sobrehumano esfuerzo. Así llegó hasta el borde de la meseta.

Tuvo—parece probable—un momento de vacilación y esto pudo ser fatal para él—recuérdese: el debía arrojarse decidido, con la seguridad absoluta de que iba a caer en la red, ya que, de no hacerlo así su propia indecisión podría provocar un falso movimiento que le desviaría de ella y en tal caso su fin sería horrible e inevitable—. Entonces ¿vió ante él, suspendido sobre el vacío por algún artilugio maravilloso, al Director? ¿oyó poderosa y tranquila, la voz del Director que le aconsejaba? ¿no fueron precisas ni voz ni presencia y el Director usó de métodos tan sutiles como telegrafía, radiotelefonía o telepatía? Ah...

El—el heroico comparsa—cayó estirado, con los brazos en cruz, tranquilo. Y en su caída, directa hacia la red, pensó que aquello era así, tan sencillo, que no podía explicarse como pudo tener tantas dudas. Porque—ahora él comprendía que debió saberlo—el Director no solamente deseaba que pudiese salvarse, sino que, incluso, le proporcionaría cuantos medios fueran necesarios para ello. Unos medios tan perfectos que sólo una gran torpeza los podía desconocer.

F I N